



Altavoz
de la
Parroquia

Luceat!

DOMINGO DE RAMOS - 3 DE ABRIL DE 1955

Atracción divina

Me gusta estos días recordar una afirmación profética de Cristo que debió desconcertar un tanto a sus oyentes.

Y me gusta recordarla precisamente estos días porque en ellos se hace más viva y palpable.

Claro está, ni mi fe ni la tuya, gracias a Dios, se fundan tan sólo en lo que estos días podamos ver, pero, sin duda, la tuya, mi amigo lector, como la mía, se fortalecerá y ensanchará al aire de estos días graves y solemnes, como un monumento de siglos que mira impávido el paso del tiempo y el empuje rabioso de huracanados vientos.

Todo lo atraeré a mí, dijo Cristo a quienes le escuchaban... ¿cuándo, Señor, sucederá esto? ¿Tal vez cuando resucitéis muertos? ¡No! Asómbrate, lector, esto sucederá cuando sea levantado en lo alto de la cruz. ¡Qué bien ha acertado Jesús!... Hoy desde su cruz polariza todas las miradas y ata todos los corazones... ¡todos!

Los de sus amigos, lanzados, por su amor, a los mayores sacrificios y heroísmos...

¡Todos! También los de sus enemigos que no encuentran nada más grande que odiar y perseguir. Ya lo notó San Agustín: «Atrajiste, Señor, a Ti al pueblo que no te creía y contradecía.»

Y nosotros hoy no podemos menos de decirle igualmente: «Nos has atraído a Ti y nos sentimos dichosos y felices de ello y Te damos gracias rendidas.»

¡LUCEAT! es hoy otra víctima, ¡y muy afortunada!, de esa divina atracción, y sale con extraordinaria entrega a la pasión y muerte de Cristo.

Y porque no se fía de sus solas fuerzas, ha pedido ayuda a lo mejor del habla castellana: Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y el delicadísimo P. Granada.

A Cristo

A Ti vuelvo, gran Señor, que alzaste, a costa de tu sangre y de tu vida, la misera de Adán primer caída, y adonde él nos perdió, Tú nos cobraste.

A Ti, Pastor bendito, que buscaste de las cien ovejuelas la perdida, y, hallándola del lobo perseguida, sobre tus hombros santos te la echaste.

A Ti me vuelvo en mi aficción amarga, y a Ti toca, Señor, el darme ayuda, que soy cordero de tu aprisco ausente y temo que a carrera corta o larga, cuando a mi daño tu favor no acuda, me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

(Miguel de Cervantes. Nació en Alcalá, 1547; murió en Madrid, en 1616.)

Con una extraordinaria concurrencia de hombres se están celebrando las Conferencias Cuaresmales para Caballeros, dirigidas por el R. P. Fernando Delgado Cros, de la Compañía de Jesús. Han empezado el Viernes de Dolores y continuarán hasta el Miércoles Santo por la noche, todas las noches, a las nueve.



Con Jesús la última semana de su vida

El viernes anterior a nuestro Domingo de Ramos, Jesús, que se había retirado lejos de Jerusalén, se vino desde Jericó a Betania, donde, sin duda, durmió la noche del viernes al sábado.

Este sábado fué convidado a cenar en casa de un rico llamado Simón, por sobre nombre el Leproso; en esta cena Lázaro era otro de los convidados y Marta servía; entonces fué cuando María ungió al Señor con aquel perfume riquísimo que motivó la murmuración de Judas.

El Domingo de Ramos se vino por la mañana el Señor a Jerusalén, donde es recibido triunfalmente con palmas y vitores de entusiasmo; viendo aquello, unos griegos quieren hablar con Jesús. Por la tarde, antes que el sol se ponga, regresa a Betania.

El lunes vuelve desde Betania, y en el camino maldice, misteriosamente, a una higuera que no tenía fruto, y la higuera se seca; vuélvese de nuevo a dormir a Betania.

El martes otra vez vuelve a Jerusalén y allí expone la parábola de los viñadores, que tanta rabia excitó entre escribas y fariseos; soluciona la pregunta del tributo al César y predice la ruina y destrucción del templo; ya por la tarde, cuando estaba sentado junto al cepillo de las limosnas del templo, observa y alaba el donativo pequeño de la viuda pobre, y, por fin, se vuelve también a Betania para pasar la noche.

Es el miércoles día de profunda amargura. Mientras Jesús, que ha venido de Betania, enseña y predica, uno de los suyos Judas Iscariote llega a un acuerdo con los principes del Templo y del Sanhedrín sobre la paga que le darán por entregarles preso a Jesús; también hoy se vuelve a Betania, donde pasará tranquilo la última noche de su vida mortal.

Jueves Santo. «¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?», le preguntan sus discípulos. Y El los manda a Jerusalén, con señas concretas, para que en el Cenáculo preparen la más trascendental y bendita de las cenas. Al atardecer, Jesús, en una sala amplia y rodeado de los suyos, instituye el Santísimo Sacramento de su Cuerpo y Sangre Sacratísimos. La noche se hizo doblemente negra.

El Viernes Santo es el día del sacrificio total y sangriento del más inocente Cordero, Cristo Jesús. Las horas todas de este último día merecen ser repasadas hora a hora, y esto se hace en otro lugar: *El último día de Jesús.*

¡Véndeme y no te vendas!

Dicele a Judas el Pastor Cordero cuando le vende: «¿A qué viniste, amigo? ¿Del regalo del hijo a mi castigo? ¿De oveja humilde y simple a lobo fiero? ¿De apóstol de mi ley a carnicero? ¿De rico de mis bienes a mendigo? ¿Del cayado a la horca sin mi abrigo? ¿De discípulo a ingrato dispensero?»

Véndeme y no te vendas, y mi muerte sea rescate también a tus traiciones. No siento mi prisión, sino perderte.

El cordel que a tu cuello le dispones, Judas, ponle a mis pies con lazo fuerte, perdónate y a mí no me perdones.»

(Francisco de Quevedo. Nació en Madrid en 1580; murió en Villanueva de los Infantes en 1645.)

SOBRE UN PRIVILEGIO

Un poco de historia

(Continuación.)

Y para que no quede duda a los españoles de que su empresa es verdadera cruzada, al igual de la de Jerusalén, diceles: «Si alguno cayera en esta expedición (la reconquista de Tarragona), no tenga duda de que por la plenísima misericordia de Dios ha de alcanzar el perdón de sus pecados y el gozo de la vida eterna.» Que era exactamente lo que se prometía a los cruzados de Tierra Santa y lo que más los animaba. (G. Villoslada, II, p. 482, nota.)

Ya tenemos, pues, bien claro que nuestra epopeya nacional fué hecha cruzada; ahora veamos como los Papas le fueron dando también los privilegios de tal cruzada.

Las más antiguas indulgencias concedidas para este tipo de empresas bélicas que hoy conocemos, son las que concedió el Papa Alejandro II, en 1063, para la reconquista de Barbastro (1064), por la cual se otorgaba a los que fueran a España a pelear contra los sarracenos la remisión de sus pecados. (G. Villoslada, II, p. 441, nota 11.)

Unos años después, San Gregorio VII (1073-1085) le concede indulgencia parecida a Alfonso VI, de Castilla, para la reconquista de Toledo (1085), dándose, por cierto, la circunstancia de morir aquel gran Papa el mismo día en que Alfonso VI entraba triunfalmente en Toledo. Ya dijimos más arriba que Urbano II otorgó indulgencia plenaria en 1 de julio de 1089, para la toma de Tarragona.

Pascual II (1099-1118), que siendo Cardenal Rainerio había estado en España en 1089-1091 como Legado del Papa, las renueva por dos veces y va más lejos aún. En abril de 1109 y octubre de 1110 prohíbe

seriamente a los españoles ir a otra Cruzada que no sea la de España.

En 18 de diciembre de 1118 vuelve el Papa Gelasio II a conceder indulgencia para la toma de Zaragoza.

Fué muy notable el apoyo que a nuestra Cruzada prestó Calixto II (1119-1124); en fin de cuentas, para él venía a ser un poco de empresa de familia, ya que su hermano don Raimundo de Borgoña, al casar con doña Urraca de Castilla (la hija de Alfonso VI), fué el padre del rey Alfonso VII. En efecto, en 2 de abril de 1122 concede indulgencia de Cruzada, y en el primer Concilio de Letrán (18 marzo de 1123) da un decreto muy favorable para la Cruzada española, amén de grandes privilegios a la Basílica del Apóstol Santiago, en Compostela.

También las renovó el Papa Eugenio III el 22 de junio de 1148 para la reconquista de Tortosa.

Pero acaso la más famosa indulgencia haya sido la que a petición de Alfonso VIII de Castilla concedió Inocencio III y predicó el famosísimo Arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada, para la gloriosa empresa de las Navas de Tolosa, victoriosamente lograda el 16 de julio de 1212.

Ultimamente Inocencio VIII concedió también indulgencia de Cruzada a los Reyes Católicos para la reconquista de Granada (1492).

No son éstas ni todas ni las únicas indulgencias concedidas por los Papas a España; son tan sólo una muestra del carácter de Cruzada que la Iglesia dió a nuestra Reconquista.

¿Se ve ya claro con esto cómo nació y creció el privilegio de nuestra Bula de la Cruzada?

Al llegar aquí se impone una pregunta: La Bula de Cruzada nació de aquella empresa de la Europa cristiana para recobrar el Santo Sepulcro, y a esa empresa acudieron de todas las naciones de Europa; pues entonces, ¿cómo es que hoy sólo España goza del privilegio de la Bula y las otras naciones no?

La respuesta es bien sencilla. Reflexionemos un poco.

La Cruzada para la Tierra Santa fué empresa internacional, no estuvo limitada ni encerrada dentro de las fronteras de una sola patria, y cuando terminó, ninguna nación de Europa pudo llamarse «sola» a la parte reclamándola para sí; por otra parte, como aquello terminó en descalabrado fracaso, a ninguno le interesó presentarse como jefe de empresa ni reclamar los consiguientes privilegios.

En cambio, la Cruzada española fué empresa nacional, desde el principio hasta el fin, encerrada y limitada por nuestras fronteras; fué cosa de los españoles, que ellos solos llevaron a cabo, ya que los extranjeros que aquí vinieron ni fueron muchos, ni constantes, ni ejemplares, ni nos sacaron de apuros.



Nuestra Cruzada tenía siempre un caudillo: el rey. El la organizaba y dirigía, con la ayuda y bendición de la Iglesia, por medio de los Legados papales, que eran españoles también (Jiménez de Rada, en Las Navas; Mendoza, en Granada...).

Nuestros reyes fueron siempre los que se encargaron de pedir a Roma para cada empresa esos privilegios, que, por otra parte, Roma concedía gustosa, para estimular y ayudar así a nuestra Reconquista.

Cuando en 1492 se terminó definitivamente la Reconquista española con la toma de Granada, nuestros Reyes Católicos se encontraron de pronto con otra empresa no menos interesante para la Iglesia: la evangelización de América.

¡Otra Cruzada! Pero de tal envergadura que iba a reclamar y consumir enormes esfuerzos y gastos.

¿Por qué no pedir al Papa la Santa Bula para que España pudiera coronar igualmente esta nueva Cruzada?

Y los Reyes Católicos se la pidieron al Papa Alejandro VI (que era español), y éste se la concedió, y más tarde la renovó, más amplia aún, en 1509, Julio II, continuándose después hasta nuestros días, gracias a la solicitud de nuestros reyes.

La última Bula fué concedida por el Papa Pío XI, el 15 de agosto de 1928, a don Alfonso XIII, rey de España, y había de durar por once años. Al acabar este plazo se ha ido prorrogando todos los años, hasta hoy.

Via Crucis

IDEAS GENERALES

La devoción del Vía Crucis es una de las más arraigadas en el pueblo cristiano, y por su objeto es también de las que merecen un mayor apoyo.

Vamos en estas líneas a dar una ligera idea de su origen y desarrollo histórico.

Por de pronto, empecemos encuadrando el Vía Crucis entre las prácticas religiosas que llamamos procesiones, y ya dentro de ellas, entre las procesiones llamadas de imitación, que son aquellas que procuran reproducir lo que celebran; dicho de otra manera: quien hace el Vía Crucis, con ello quiere seguir e imitar a Cristo camino del Calvario.

Al fin eso también significa la palabra «Vía Crucis», que quiere decir: «camino de la Cruz».

ORIGEN Y CRECIMIENTO

El primero que recorrió este camino, inaugurando así las piadosas estaciones, fué el propio Cristo. Siguió entonces a Cristo por el mismo camino y participando de su dolor, la Madre Dolorosísima con San Juan y las piadosas mujeres.

Después, y al correr de los tiempos, ¿quién será capaz de contar la muchedumbre de almas que con piadoso afán anduvieron estos mismos pasos?

Y tanto se generalizó y arraigó esta devota veneración de los recuerdos de la Pasión del Señor, que cuando en el siglo IV nuestra compatriota la famosísima peregrina Eteria estuvo en Jerusalén, le llamó la atención «el sentimiento y llanto de todo el pueblo..., pues no hay ninguno, grande ni pequeño, que no lllore... compadecido de los sufrimientos que el Señor padeció por nosotros...», y vió que «allí se reúne todo el pueblo, tanto que ni puede abrirse paso...», y que «cuando es la hora de sexta (las doce) van delante de la Cruz, ya llueva, ya haga calor» (P. B. Avila, «Un diario de viaje del siglo IV», pág. 127.)

Desde Jerusalén se empezó a extender esta devoción a los demás países del Oriente y de aquí al Occidente, siendo frecuente, desde el siglo V, la reproducción de recuerdos de la Pasión, como lo hizo, por ejemplo, san Petronio en los monasterios por él construidos en Bolonia (P. Regatillo, «Cuestiones canónicas», t. II). Más tarde, las Cruzadas contribuyeron grandemente a la divulgación de estos motivos.

Pero fueron los Franciscanos, nombrados custodios y guardianes de Tierra Santa ya desde el siglo XIII, quienes realmente dieron vigoroso impulso a esta devoción, sobre todo cuando en los siglos XVII y XVIII se les confió la erección del Vía Crucis en toda la Cristiandad, con facultades extraordinarias para ello, que les fueron conce-

diendo, entre otros, Clemente XII (1730-1740) y Benedicto XIV (1740-1758), aumentadas después grandemente por Clemente XIV, que era franciscano, en 1773.

Por estos años vivió el mayor y más entusiasta apóstol del Vía Crucis, el franciscano San Leonardo de Porto Mauricio, fallecido en 1751, el cual, en veinte años de predicación, llegó a erigir hasta 572 Vía Crucis, y consiguió que Benedicto XIV, en 1750, levantara uno en el Coliseo Romano, donde tantos cristianos terminaron también su vida con el sacrificio de un glorioso martirio.

¿Y ESPAÑA?

Un famoso dominico, el Beato Alvaro de Córdoba († en 1420; su fiesta, el 19 de febrero), fué el gran impulsor de esta devoción en nuestra Patria; al volver de una peregrinación a Tierra Santa hizo poner en su convento cordobés una serie de imágenes con las distintas escenas de las estaciones del Vía Crucis, iniciando así esta costumbre en nuestra España, tan desarrollada actualmente.

Cosa parecida hicieron otros santos en Inglaterra («Vida de Santo Tomás de Canterbury»), Portugal, Italia, etc.

LAS ESTACIONES Y SU NÚMERO

Pero esta devoción a los pasos que dió por nosotros el Señor cuando fué con la cruz a cuestras no fué siempre tan determinada y concreta como actualmente la practicamos. Un poco imprecisa y genérica al principio, fué a fines del siglo XV y principios del XVI cuando empezó a tomar la forma actual, y no fué de los que menos contribuyeron a ello fray Antonio de Aranda, guardián del convento franciscano de Santa María de Jesús, en Alcalá de Henares, con su obra «Verdadera información de la Tierra Santa», publicada en Alcalá el 1533.

Ni fueron tampoco siempre 14 las estaciones del Vía Crucis; quedó como consagrado este número del Vía Crucis de Lovaina (Bélgica), tanto por haberlo hecho suyo los Franciscanos como por haber sido enriquecido con muchas gracias por los Romanos Pontífices. Del número de sus gracias y privilegios en la antigüedad, baste decir que fueron tantos que hasta hubo prohibición de hacer catálogo de ellos.

Hoy, entre las mil impresiones del peregrino de la Tierra Santa figuran, en primer lugar, las del Vía Crucis de Jerusalén. De él dice un escritor de nuestros días: «Todos los viernes del año, guiados por los PP. Franciscanos, los peregrinos realizan el ejercicio imponderablemente emotivo del Vía Crucis en este itinerario venerable, sublimado por las lágrimas de tantos creyentes... y bajo el sol implacable del Oriente vamos recorriendo las estaciones... entre el

tráfago urbano, desconsiderado con los fieles y bajo la mirada recelosa, irónica o más frecuentemente indiferente de árabes y judíos...; pero aún así es más vivida la evocación del desamparo de Jesús, de los escarnios e insultos de la multitud enfebrecida por la sangre...» (Jiménez Placer. «Recuerdos de la Vía Dolorosa». «Letras», 1946. abril.)

Con Jesús el último dia de su vida

Son como las seis de la tarde del jueves, que nosotros, con razón, llamamos santo. Con agradecido respeto y amorosa lealtad vayamos al encuentro de Jesús, que llega desde Betania para celebrar la Pascua.

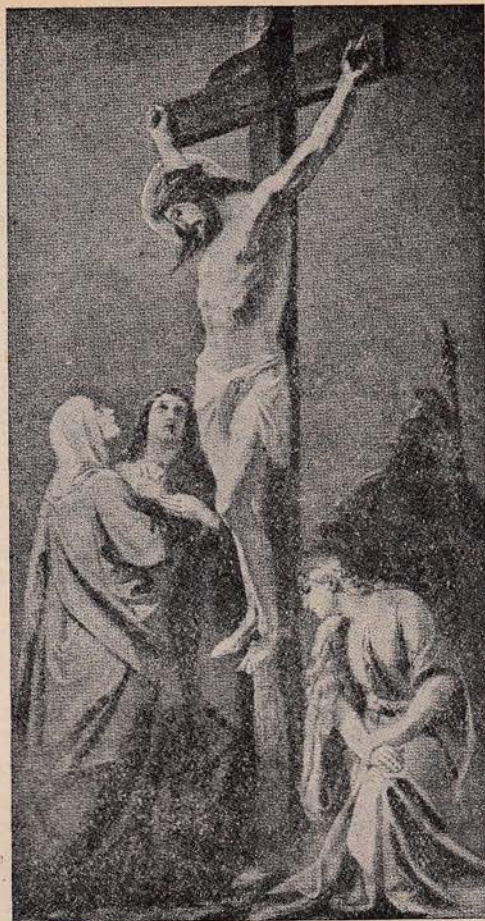
Ha entrado en el Cenáculo, cambia impresiones con los apóstoles y se sientan (o mejor, se reclinan) alrededor de la mesa, que tiene forma aproximada de herradura; en el centro exterior de la mesa está el Señor, tendido su cuerpo sobre el diván y apoyado el codo izquierdo en la mesa; a su lado, por la espalda, está San Pedro; al otro lado, San Juan, cuya cabeza, a poco que se vuelva, descansará fácilmente sobre el pecho de Jesús; le sigue en la misma dirección Judas, el traidor...

Están cenando, pero la vanidad humana no está satisfecha y discuten sobre puestos y preeminencias; Cristo se levanta y, con hechos, corta disputas y enseña. Lava los pies a sus discípulos... Después se queja, dolido de que uno de ellos le haga traición... Se va Judas a consumar su crimen y sigue la cena, que ha llegado al momento culminante. El Señor, tomando pan en sus manos, lo consagra diciendo: «Tomad y comed, éste es mi Cuerpo», y lo da a cada uno. ¡Lector amigo, se acaba de celebrar la primera misa y la primera comunión del mundo! Acaso andemos ya alrededor de las nueve de aquella tarde memorable.

Después, Jesús abre su corazón y de sus labios brotan sentimientos benditos del corazón que más amó a los hombres.

Cuando ya tal vez el reloj ronda las diez y media, alumbrados por la clara palidez de la luna llena, salen todos, impresionadísimos, hacia Getsemani, un olivar que estaba más allá del torrente Cedrón.

Y allí ora y ora prolijamente y hasta llega su sudor a hacerse de sangre, mientras los amigos que le acompañaron se han dormido... Mas he aquí que, pasada la media noche, un ruido extraño turba la placida quietud de la noche. Es Judas, que viene, hecho capitán de atropellos, a prender a Jesús... ¡Le ha besado! Y mansamente le dice Cristo: «Pero Judas, ¿es que con beso de amigo vas a entregar al Hijo del Hombre?»



Y lo llevan preso y maniatado. ¡Mal principio para la hora primera de aquel viernes que acaba de empezar!

Ya hasta que la madrugada los rinda estarán servidos, en sus odios ruines, Anás y Caifás, y cuando al filo de las cuatro, cansados y ahitos de venganza se retiren a dormir (¿podrán hacerlo esta noche?), lo dejarán en las garras duras de criados tan duros como sus amos.

Señor, ¡qué dos horas os aguardan! ¿Serán dos horas o dos siglos? ¡Cómo os han dejado! Son ya las seis y tienen prisa por acabar pronto con la Víctima. Ya andan por las calles llevando a Cristo de Pilatos a Herodes y de Herodes a Pilatos... ¿Se podrá tener Jesús en pie cuando a las nueve Pilatos lo entregue a sus soldados para que lo azoten? Y al fin, ¿para qué? Si piensa él que se ablandarán, bien equivocado está, porque sacar a Cristo hecho, a fuerza de azotes, espinas y salivazos, un «Ecce Homo» y rugir aquellas fieras enfurecidas pidiéndole la muerte, fué todo uno.

Por fin, aquel juez cobarde se dió por vencido, y aún no habían dado las diez de aquella mañana cuando él ya habrá dicho

a su víctima: «Ibis ad crucem!» «¡Morirás en la cruz!» Bien poco adelantó su turbada mujer cuando muy de mañana le había mandado a Pilatos el recado: «¡No haga daño a este justo!»

La cosa se precipita. Ya va Jesús con su cruz a cuestras camino del Calvario. Delante, soldados y pregoneros; a su lado, sayones y verdugos, y por todas partes gente, mucha gente. Realmente la cosa no es para menos, que no se ve todos los días a un Dios-Hombre, obrador de milagros y sanador de enfermos a montones, irse así, en estas trazas, a morir en cruz.

El cuadrante solar ya marca el mediodía, y Jesús acaba de llegar a la cima del monte. ¿No oyes unos martillazos? Te suenan en el alma, ¿verdad? Es que están clavando a Jesús... ¿No te cuesta creerlo? Pues, sí... Mira, ya levantan la cruz... ¡Qué griterío más salvaje! Cómo se felicitan y bromean: «Anda, que baje ahora de la cruz y se salve...»

El también habla, pero poco, sin rabia y con amor... Acércate, ¡quién sabe si tiene algo que decirte a ti!...

Lleva ya en cruz casi tres horas... ¡Qué horas, Dios mío!

¡Mira! Ha inclinado la cabeza... ¡Ha muerto Cristo! Son las tres de la tarde.

A las cinco vendrán José de Arimatea y Nicodemo, y con Juan el Apóstol bajarán el cuerpo muerto para darle sepultura, lo más tarde a las seis. Entre tanto, ¡cómo ha desahogado su dolor la Madre Dolorosísima a fuerza de besos, lágrimas y abrazos!

Así fué el último día mortal de Jesús.

A la Crucifixión

En la cruz está Jesús, adonde dormir espera el postrer sueño por vos. Llegad y miradle echado, enjugadle la cabeza, que el rocío de esta noche le ha dado sangre por perlas.

Poned, alma, el corazón, si llegar a Cristo os dejan, entre la cruz y la mano, porque os le claven en ella.

Mas, ¡ay Dios!, que ya le tiran de la mano, que no llega al barreno que en la cruz hicieron las suyas fieras.

Con una soga doblada atan la mano derecha del que a desatar venía tantos esclavos con ella.

De su delicado brazo tiran juntos con tal fuerza, que todas las coyunturas le desencajan y quiebran.

Alma, lleguemos ahora con coyuntura tan buena,

que no la hallaréis mejor, aunque está Cristo sin ellas.

Ya clavan la diestra mano, haciendo tal resistencia el hierro entrando el martillo, que parece que le pesa.

Los pies divinos traspasan, y cuando el verdugo yerra de dar en el clavo el golpe, en la carne santa acierta.

Al levantar con mil gritos la soberana bandera, con el cordero por armas, imagen de su inocencia,

cayó la viga en el hoyo, y antes de tocar la tierra, desgarrándose las manos dió en el pecho la cabeza.

Salió de golpe la sangre, dando color a las piedras, que pues no la tiene el hombre, bien es que tengan vergüenza.

Abriéronse muchas llagas, que del aire estaban secas, y el inocente Jesús de dolor los ojos cierra.

Poned los ojos en Cristo, alma, este tiempo que os queda, y con la Virgen María estad a su muerte atenta.

Decidle: Dulce Jesús, vuestra cruz mi gloria sea; ánimo a morir, Señor, para darme vida eterna.

(Lope de Vega. 1572-1635.)

Avisos para Semana Santa

Buena costumbre y muy laudable y cristiana es la de llevar velas para el Monumento de Jueves Santo.

Rogamos a los que así quieran hacerlo que las lleven pronto, para no atrasar el adorno del Monumento.

Los que deseen conservar estas velas, una vez pasado el Jueves Santo, pueden recogerlas en la sacristía de la Parroquia, a las horas de los cultos. Nos resulta imposible llevarlas a domicilio.

Las procesiones públicas religiosas son actos de culto organizados por la Iglesia: ella es la llamada a dirigirlos, y los fieles harán bien en secundar piadosa y puntualmente cuantas indicaciones reciban y en seguir los cánticos que inicien los sacerdotes o encargados de ello.

Si tienes hora señalada para velar al Santísimo, procura ser puntual, por respeto al Señor, primero, y por delicadeza a quien te acompaña, después. No acudir a la hora señalada puede ser o falta de respeto al Santísimo o falta de consideración a los demás.

Que no se te pasen estos días sin tomar la S. Bula, para que así puedas ganar los muchos privilegios que ella concede a cuantos ayudan a la Iglesia en sus obras de caridad.

Seguramente irás a visitar los Monumentos, y ello no está mal; pero, en cambio, si que lo está, ¡y muy mal!, que entres o salgas de la iglesia hablando, riendo o con señales de poco respeto, y si a esto juntas vestidos menos decentes o modestos, entonces, peor todavía.

La visita a los Monumentos no es una distracción, como el fútbol o el cine, ¡no!; es un acto de piedad y devoción para con el Santísimo Sacramento.

El Jueves Santo no debes olvidar tu comunión; ¡es el gran día de la comunión! Pero procura prepararla y agradecerla más y mejor que otras veces. ¡Qué gran ocasión tienes de alcanzar mil gracias del Señor! Y de paso, no olvides el detalle de la papeleta que ayudará a tu Parroquia a llevar las cosas con más perfección.

Es posible que aún no te hayas apuntado a tu Cofradía de Semana Santa..., y, además, es casi seguro que no lo hayas hecho por «irlo dejando...»; pues bien, ¡no lo dejes ya más!, y este año, que también tu nombre figure entre los muchos que así ayudan al esplendor de la gloria de Dios.

¡Interesantísimo! No olvides nunca, pero estos días menos todavía, que por encima de la moda y por encima del calor está la fe y la modestia. Mujer, seas joven o vieja, no intentes siquiera profanar estos días con vestidos inmodestos. Desde luego, para entrar en la iglesia, hoy y siempre, los vestidos han de ajustarse a las normas dadas por la Autoridad eclesiástica.

Tenemos verdadero interés en hacer constar que la Parroquia desea con toda el alma establecer siempre el más cordial y vivo contacto con todos y cada uno de sus feligreses; que vemos con verdadera satisfacción acudir a muchos hombres a las conferencias; que, sin duda, faltarán no pocos, y éstos precisamente son los que nos preocupan. A todos queremos llamar nuevamente con invitación muy especial. Si no todos han recibido invitación personal, ello ni es culpa nuestra, que bien de interés pusimos en llegar a todos, ni es tampoco desaire o menosprecio. ¡Por favor, que nadie piense así de su Parroquia ni de sus sacerdotes! Es sencillamente que por ninguna parte hemos podido localizar su nombre y domicilio; ni más ni menos. Con esto mismo se ve la conveniencia de echar la papeleta de cumplimiento al cumular.



Maria en su soledad

Hijo, ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno?

Oh, dulcísimo Hijo mío; ¿qué haré sin Ti? Tú eres mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía.

Ya no te veré más entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asolado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más asentado a mi mesa, comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo mío, ¿no me hablas? ¿Quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré, con vuestra licencia. Esta corona real será la manda; de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón; allí estarán hincados

vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me durare la vida.

(Fr. Luis de Granada (1524-1588), en su preciosísimo «Libro de la oración y meditación».)

Programa de Semana Santa

Domingo de Ramos.—Desde las seis de la mañana ya se puede confesar. La bendición solemne de las palmas es a las diez.

Por la noche, a las nueve, el R. P. Fernando Delgado tendrá las Conferencias para hombres.

Lunes y martes.—Confesiones desde las seis de la mañana. Por la tarde también, desde las seis y media.

A las nueve continúan las Conferencias Cuaresmales, por el citado Jesuita P. Fernando Delgado Cros.

Miércoles Santo.—Gran día de confesiones. Para ello, además de los sacerdotes de la Parroquia, habrá otros de fuera. Por la mañana, desde las seis hasta las diez, y por la tarde, desde las cuatro en adelante.

Se ruega con encarecimiento a las mujeres y niños que aprovechen la mañana y las primeras horas de la tarde, para que así queden a disposición de los hombres principalmente las horas del atardecer y de la noche.

Jueves Santo.—Se abrirá la Parroquia a las cuatro y media de la madrugada, y ya desde entonces habrá confesores y se dará la Sagrada Comunión. Es muy conveniente que todos procuren llevar ya escrita la papeleta correspondiente de Cumplimiento Pascual.

A las once de la mañana se celebrarán solemnemente los Oficios Divinos y procesión al Monumento.

Por la tarde, a las cinco, se celebrará la emotiva ceremonia del Lavatorio, con el sermón del Mandato, que predicará el Padre Sánchez Blanco, S. J.

Por la noche, a las ocho y media, Hora Santa, dirigida por el Padre Jesuita citado.

La Adoración Nocturna empezará a las diez y media su vigilia extraordinaria.

Viernes Santo.—A las seis y media de la mañana, Vía Crucis y sermón de Pasión, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

A las diez y media se celebrarán los solemnes Oficios Divinos y la adoración de la Santa Cruz.

Por la tarde, a las seis y media, se cantará el Vía Crucis por las calles, y al volver a la Parroquia, el P. Félix Sánchez Blanco, S. J., predicará el sermón de Soledad.

A las diez de la noche, los hombres tendrán su Vía Crucis del Silencio, de tanto arraigo ya entre nosotros.

Hoy es día de ayuno y abstinencia, aunque se tenga bula.

Sábado Santo.—Por la mañana no hay oficios en la Parroquia, ya que nos ajustaremos al novísimo ritual para esta Vigilia Pascual celebrando los oficios de este día por la noche.

Empezarán a las once de la noche, y en esta misa (alrededor de las doce) se podrá recibir la Sagrada Comunión.

A las seis y media de la tarde, confesiones, y a las siete y media, corona dolorosa a la Santísima Virgen y Salve. Durante la celebración de estos cultos de la noche se explicará su contenido litúrgico. Para mayor solemnidad del acto es conveniente que lleven velas, que pueden conservar acabada la ceremonia.

Domingo de Resurrección.—Misas a las seis y media, ocho y media, diez y cuarto (cantada) y doce.

Uida parroquial

Bautizos (desde la Hoja anterior).—José L. Olivares Carnicero, hijo de Edmundo y M. Luisa; Vicente Sáiz Soria, de Galo y María; Ricardo A. Melgar Navarro, de José y Ursula; Luis Tordesillas Cifuentes, de Agustín y Josefa; Carmen Fernández Consuegra, de Miguel y Elvira; Evelia Frías García, de Antonio y Antonia; Victor Mascaraque Tacero, de Julián y Julia; Angeles Polo López, de Saturnino y Aniceta; María P. Cabaña Conde, de Felipe y Paz; Félix Blas Gómez, de Félix y Esperanza; Josefa Valdeolivias Mejías, de Apolonio y Camila; José M. Pedrosa García, de Paulino y Mariana.

Bodas.—Julián Fernández con Bonifacia Garrido, Antonio Morales con Margarita Galcerán.

Defunciones.—Teresa Marcos Vázquez, Valentín Franco Lázaro, Justa Rojo, Inocencio San José Gómez, María Guijo Sánchez, Alejandro Carnicero Blanco, Alejandro Guardiola, Amparo Valverde Sánchez (párvulo).

Aviso importante.—Desde el próximo domingo en adelante quedan abiertas las velaciones, y, por tanto, quienes se han casado en Cuaresma deben procurar cumplir cuanto antes con el requisito de las velaciones.

Como se había anunciado, el 25 y el 31 del pasado marzo hicieron su comunión del cumplimiento pascual los niños y niñas de los colegios de nuestra Villa. A los dos grupos preparó provechosamente la respectiva tanda de Ejercicios Espirituales, dirigidas por don José Esteban y don Francisco de la Flor, respectivamente.

También se celebró, como en años anteriores, el Septenario a la Virgen de los Dolores, que terminó con una numerosa comunión el día de la fiesta.

Gráficas Yagües.—Madrid